

17ª SESION ORDINARIA DEL 11 DE AGOSTO DE 1880

PRESIDENCIA DEL Sr. DEL VALLE

SUMARIO: Se da cuenta de un proyecto mandando cesar en sus funciones la legislatura de Buenos Aires. Se resuelve se trate en Comisión. Se aprueba.

Señores senadores

Argento  
Baltoré  
Bárcena  
Civit  
Cortés  
Del Viso  
Figueroa  
Prias  
Gelabert  
Gómez  
Leguizamón  
Lucero  
Navarro  
Ortiz  
Paz  
Pizarro  
Rocha  
Santillán  
Vélez  
Villanueva

En Belgrano, á once de Agosto de mil ochocientos ochenta, reunidos en su sala de sesiones los señores senadores al margen inscriptos, se abrió la presente bajo la presidencia del doctor Del Valle, con inasistencia de los señores Baibiena, Carrillo é Igarzábal, con aviso, y ausentes con licencia los señores Febre y Padilla.

Leída y aprobada el acta de la anterior, se dió cuenta del proyecto mandando cesar en sus funciones,

por medio de la intervención nacional, la Legislatura de Buenos Aires y disponiendo se dicten las medidas necesarias para su reorganización.

Se destinó á la Comisión de Negocios Constitucionales.

Habiéndose hecho moción para que se tomara en consideración este asunto sobre tablas, constituyéndose la Cámara en Comisión, se resolvió de conformidad.

**Sr. Presidente** — Antes de abrir la conferencia, corresponde que la Cámara nombre su Presidente y Secretario.

**Varios señores senadores** — Que sean los mismos.

**Sr. Presidente** — Entonces, está abierta la conferencia.

Puede el señor Secretario dar lectura del proyecto.

—Se lee en esta forma:

Artículo 1.º Desde la promulgación de esta ley, la intervención nacional hará cesar en sus funciones á la legislatura rebelde de la Provincia de Buenos Aires; y procederá inmediatamente á dictar las medidas necesarias para la reorganización de este poder público, con arreglo á sus propias instituciones.

Art. 2.º Comuníquese, etc.

(Falta un discurso del doctor Rocha.)

**Sr. Vélez** — Siento, verdaderamente, no haber tenido mi el tiempo de meditar sobre el asunto más grave de que quizás va á ocuparse el Senado en las sesiones presentes; pero tengo necesidad de exponer, como quiera que se me ofrezcan las ideas que en este momento se agolpan á mi mente, después de las que he oído verter al honorable Se-

nador por Buenos Aires, fundando el proyecto que se acaba de leer.

Yo amo la paz como él, más que él también...

**Sr. Rocha**—Igual, podrá ser...

**Sr. Vélez**—Amo la Constitución, amo la justicia, amo el derecho y creo que con el proyecto que está en discusión, no vamos a fundar la paz, vamos a levantar un partido en Buenos Aires, sobre otro partido, derrocado completamente, poniendo de fundamento y de base a lo que venga más tarde, fuego y chispas que mañana incendiarán la República.

El señor Senador que fundó el proyecto que se discute nos decía que había visto días nublados y serenos en Buenos Aires, y que éstos habían venido transcurriendo unos tras otros, sin llegar a una paz sólida. Pero pregunto, ¿con este proyecto vamos a conseguir la paz sólida que se buscaba, arrojando fuera de su recinto a su Legislatura, volcando todo el Estado de Buenos Aires, trastornando todo por su base? ¿Vamos a dar estabilidad a este pueblo y paz a toda la República?

Digo que no.

El señor Senador no ha visto sino algo de lo que ha ocurrido en Buenos Aires, no ha visto lo que ha sucedido en las otras provincias, no ha visto siquiera cómo ha venido la cuestión que ha levantado a la Provincia de Buenos Aires y que ha llevado a su Gobernador imprudentemente hasta el extremo de tomar las armas.

Oh! Eso yo lo he visto, como muchos de mis colegas. Es el resultado de la mentira del sufragio, escamoteado, usurpado completamente a los pueblos, haciendo de las instituciones una sangrienta burla.

Mañana será preciso escribir: «Esta es una República», pero será tan República como la que existe en la Turquía o en la Rusia.

Sin la verdad del sufragio, sin que un hombre pueda acercarse a las urnas, sin exponer un pelo de su cabeza, sin recibir un solo insulto, sin que todo esté garantido en la República Argentina, no tendremos progreso, ni estabilidad, ni paz; no tendremos sino mentira y llevaremos una vida retrógrada, revolviéndonos en agitaciones continuas y sangrientas.

Así, señor Presidente, el proyecto que está en discusión, no nos va a dar nada de lo que se busca.

Yo sé y muchos de mis colegas lo saben también, de qué ha procedido esta resistencia: la rebelión no ha sido contra las autoridades de la Nación; la rebelión ha sido contra la mentira del sufragio, contra la usurpación del voto popular!

Esta es la verdad y debo levantarla bien alto en el seno del Senado Argentino; este es el hecho único que ha arrastrado al pueblo a la lucha sangrienta!...

**Sr. Pizarro**—No es cierto.

**Sr. Rocha**—La verdad del sufragio la hacía el doctor Tajedor.

**Sr. Vélez**—Se le ha corrompido, se le ha usurpado el voto, se le ha suprimido en todas partes. Yo conozco a mi país bien de cerca, y en los últimos actos electorales puedo afirmar con conciencia, como hombre honrado, que no ha existido la libertad, sino la muerte del sufragio.

**Sr. Pizarro**—Protesto contra eso. Tenemos la ley más liberal que existe, en materia de elecciones, y ha sido cumplida.

**Sr. Vélez**—Pero no se respeta en los hechos, no existen en la práctica las garantías para el ciudadano que se acerca a las urnas. Esto es lo que nos falta aquí y esto es lo que debemos conquistar.

El señor Senador que ha fundado el proyecto no nos ha dicho hasta ahora en qué artículo de la Constitución se basaban el Senado y el Congreso para autorizar el derrocamiento de la Legislatura, el derrocamiento del Poder Ejecutivo. Yo desafío al señor Senador que ha fundado el proyecto y a todos los que lo defienden, que me muestren ese artículo de la Constitución...

**Sr. Argento**—El artículo 6.º

**Sr. Vélez**—Voy a leerlo.

**Sr. Rocha**—Es toda la Constitución, la Constitución es contra los rebeldes.

**Sr. Vélez**—Pero yo pregunto en qué disposición constitucional se puede apoyar el Congreso argentino para derrocar a la Legislatura de Buenos Aires.

**Sr. Gelabert**—En la que se apoyó usted para derrocar á las cámaras de Córdoba el año 65.

**Sr. Vélez**—Voy á contestarle, puesto que el señor Senador me desafía en el terreno de los hechos.

He estado muchas veces en el Gobierno, y en una de ellas, cuando la revolución estaba con 2000 hombres á las puertas de la ciudad de Córdoba para derrocar al Gobernador de que yo era Ministro, ¿saben los señores senadores lo que le aconsejaba? Lo voy á declarar, como lo he declarado en Córdoba, como lo puede declarar el Gobernador que todavía vive; yo le decía: «es preciso muchísima moderación, es preciso que nos ajustemos á la Constitución estrictamente».

Muchos de mis amigos—amigos distinguidos del partido liberal—me pedían que tomase medidas enérgicas, pero yo les contestaba: «aquí tengo la Constitución, si la Constitución autoriza una medida, yo la adopto, de lo contrario pueden subrogarme.» Esto tuve ocasión de repetirlo muchas veces.

Pero subí después de una revolución, como Ministro del señor Peña. Efectivamente existía una Legislatura que se había organizado después de la revolución, que hizo Luengo. Inmediatamente de entrar yo al Gobierno, pasé una nota al Presidente de la Legislatura para que la citara á sesión.

Este es el hecho de que se acuerda el señor Senador por Corrientes y le voy á contestar mostrando que yo no sé derribar á nadie, que yo no sé oprimir, que yo no me complazco en vejar á los ciudadanos y humillar á los pueblos, ni humillarlos, como en este momento se complace el señor Senador, especialmente contra este gran pueblo. No se contentan con todo lo que ha sucedido; con todas las desgracias que ha sufrido; quieren verlo humillado, arruinado; quieren derrocar sus poderes.

**Sr. Argento**—No confunda el pueblo con los rebeldes.

**Sr. Vélez**—El pueblo está representado en su Legislatura, que ha sido elegida legalmente por el pueblo.

**Sr. Rocha**—Ha sido elegida criminalmente por el doctor Tejedor.

**Sr. Vélez**—Por el pueblo señor Senador.

**Sr. Rocha**—No señor, por el gobernador doctor Tejedor—Eso se lo puedo afirmar como hombre honrado. El señor Senador puede saber lo que ha pasado en Córdoba durante su gobierno, yo no hablo de lo que ha pasado durante el mío, porque jamás he gobernado.

**Sr. Vélez**—Ya lo hará el señor Senador. Yo no he gobernado aquí pero conozco la historia de Buenos Aires, conozco cómo se han hecho las elecciones y puedo parangonar lo que ha ocurrido aquí con lo que sucede en otras partes.

**Sr. Rocha**—No la conoce.

**Sr. Vélez**—Mejor que el señor Senador.

**Sr. Presidente**—Ruego á los señores senadores que mantengan en otros términos la discusión.

**Sr. Vélez**—Como decía, mandé citar á la Legislatura de la Provincia de Córdoba, y se me contestó por su Presidente que no quería concurrir ninguno de sus miembros; mandé citarla por segunda vez y se me dió la misma contestación; la cité por tercera vez y también se me respondió que no asistiría ninguno.

**Sr. Pizarro**—Que bueno es que haga estas declaraciones el señor Senador!

**Sr. Vélez**—La cité aún una cuarta y una quinta vez sin resultado, entonces yo dije: tengo que elegir entre la dictadura sin Poder Legislativo, ó convocar al pueblo para que elija nuevos representantes. Me decidí por lo último. Yo no destituí á nadie, convoqué á sus representantes.

**Sr. Pizarro**—Ha confirmado al hecho que citaba el señor Senador por Corrientes.

**Sr. Vélez**—Cosa completamente distinta; no hay similitud. Estaban allí todos los diputados y si hubieran querido, habrían tenido los medios necesarios para compeler á los inasistentes. No hay la más mínima semejanza en los dos casos. Yo como Ministro del Gobernador de la provincia convoqué al pueblo á elección y ésta dió por resultado una de las legislaturas más honorables que ha tenido la Provincia de Córdoba.

**Sr. Civit**—Es lo que se quiere hacer ahora.

**Sr. Pizarro**—De eso se trata.

**Sr. Vélez**—Pero la Legislatura que existe en estos momentos, funciona, legisla, y existe constitucionalmente. ¿Por qué vamos á derrocarla? Ella no nos dice, no quiero concurrir á sesiones, por el contrario, está funcionando, está legislando.

Pueden calificarse como se quiera los actos de esa Legislatura, pero hay muy distinto remedio al de la destitución en masa para reparar agravios, si existen.

**Sr. Pizarro**—¿Qué nos dice el señor Senador de las dos últimas sesiones de la Legislatura de Buenos Aires?

**Sr. Vélez**—Que ha habido una sesión tempestuosa, como las hay en todas partes, en todos los parlamentos del mundo.

**Sr. Pizarro**—Pero con carácter rebelde.

**Sr. Rocha**—Y de allí puede producirse nuevamente la rebelión.

**Sr. Vélez**—Los señores senadores no pueden suponer los hechos mientras ellos no se produzcan.

**Sr. Pizarro**—Ellos pueden deducirse de las opiniones que se emiten, de los sentimientos que se manifiestan.

**Sr. Vélez**—No, señor, y sobre todo el Senado tiene mucho de qué ocuparse para entrar en el campo de las conjeturas; así no debe perder su tiempo indignamente y sancionar proyectos, derribando legislaturas para conmover á un pueblo en sus fundamentos y llevar la sociedad á un abismo.

**Sr. Argentó**—Es para salvar los principios de la Constitución que hemos jurado.

**Sr. Vélez**—No los va á salvar de esta manera. He preguntado varias veces cuál es el artículo constitucional en que puede apoyarse el Congreso para derribar á una Legislatura ó para derribar á un gobernante.

**Sr. Pizarro**—Tengo el derecho en que me apoyo para arrojar al enemigo que atenta contra mí.

**Sr. Vélez**—Aquí no se atenta contra nadie. En el artículo sexto no puede apoyarse el señor Senador, tampoco.

**Sr. Argentó**—Ya me he explicado.

**Sr. Vélez**—El Gobierno federal interviene para restablecer la forma republicana.

**Sr. Argentó**—¿Y puede haber forma republicana donde el gobernador es rebelde, la Legislatura es rebelde y todos son rebeldes.

**Sr. Vélez**—La forma republicana no consiste en eso, en que haya ó no rebeldes: consiste en que existan dos ó tres poderes.

**Sr. Rocha**—No existe ninguno de los tres poderes.

**Sr. Vélez**—¿Cómo! ¿No están funcionando?

**Sr. Rocha**—No, señor, y eso prueba que el señor Senador no conoce lo que pasa.

**Sr. Pizarro**—El Poder Judicial no funciona, está en rebelión contra la Nación. Hay jueces que han declarado que no reconocen las autoridades establecidas por la intervención.

**Sr. Vélez**—Precisamente el Poder Judicial es el único que no se necesita para que haya forma republicana.

**Sr. Pizarro**—Por el contrario, es el principal. Sin el Poder Judicial no hay garantía á la propiedad y á los intereses privados; es el moderador de todos los poderes políticos, es la base de todo poder político por excelencia. Sin Poder Judicial no hay nada sino arbitrariedad y despotismo.

**Sr. Vélez**—Los grandes constitucionalistas Norteamericanos como Etoy Kent lo sostienen así, y el publicista Curtis en la historia de la Constitución Americana, dice, que no se necesitan más que dos poderes para que haya forma republicana, el ejecutivo y el legislativo.

**Sr. Argentó**—Los dos son rebeldes y por lo tanto no son poderes.

**Sr. Vélez**—No se trata del carácter que se les dé, sino de saber si existe ó no la forma republicana en Buenos Aires.

**Sr. Argentó**—Si ahora existe la forma republicana quiere decir que mañana un asesino podrá ser legislador ó gobernador. ¿No ve que eso choca con la moral?

El señor Senador que es tan religioso y tan moral, me extraña que venga á sostener semejantes ideas en pleno Senado. Es criminal lo que hacen esos poderes.

**Sr. Vélez** — ¡Criminal? Nada de eso, á pesar de que se les ha estado fustigando y presentando en ese carácter.

**Sr. Argento** — Cuando se hablaba de La Rioja no se mostró tan ardiente defensor el señor Senador. Lo que se hace por allá todo es criminal, pero lo que se hace aquí no, no merece el nombre de crimen.

**Sr. Vélez** — Lo mismo sucede acá, pero el pueblo de Buenos Aires siempre merecerá para mí mayores consideraciones.

**Sr. Rocha** — No es el pueblo de Buenos Aires que necesita esa defensa.

**Sr. Vélez** — La necesita, puesto que el señor Senador que está aquí por la Provincia de Buenos Aires, no la defiende, ni la representa.

**Sr. Rocha** — La represento mejor que el señor Senador no solamente á Buenos Aires sino también á Córdoba.

**Sr. Vélez** — No, señor, no la represento...

**Sr. Rocha** — Protesto contra las palabras del señor Senador que me desconoce en mi carácter...

**Sr. Vélez** — No lo digo en el sentido de que el señor Senador no sea Senador por Buenos Aires, sino de las ideas que sostiene. El señor Senador no me ha comprendido, probablemente.

**Sr. Presidente** — Las facultades del Presidente en la discusión de una conferencia son muy limitadas, de lo contrario habría llamado á la cuestión á los señores senadores que se salen de ella. Así pues, es al Senador agredido al que le corresponde pedir...

**Sr. Rocha** — Me basta la explicación del señor Senador.

**Sr. Vélez** — No he podido decirlo en otro sentido desde que está sentado aquí el señor Senador.

**Sr. Rocha** — Me había dicho el señor Senador que yo no represento á Buenos Aires: la represento con mis servicios y con mi conciencia.

**Sr. Vélez** — Y yo con más conciencia que el señor Senador y con toda mi honradez.

**Sr. Rocha** — El señor Senador ni representa á Córdoba siquiera...

**Sr. Vélez** — La represento aquí bien dignamente...

**Sr. Rocha** — Vuelvo á protestar contra las palabras del señor Senador.

**Sr. Vélez** — El señor Senador puede ser todo lo que quiera, grande hombre, gran político, pero no ha de ser más honrado que yo.

**Sr. Rocha** — Acepté la primera vez la explicación que me dió el señor Senador y ahora vuelve á injuriarme. No le he de permitir al señor Senador que diga que tiene más conciencia que yo: no le admito á ningún hombre que tenga más conciencia que yo.

**Sr. Vélez** — El señor Senador me ha dicho que yo no representaba dignamente á Córdoba.

**Sr. Rocha** — Después de haberme dicho el señor Senador que yo no representaba á Buenos Aires.

**Sr. Presidente** — Me permitiré hacer notar á la Cámara que aun cuando es lícito en las sesiones en conferencia que se modifique la unidad del debate, no por eso es lícito que se violen las reglas de todo debate en sus condiciones parlamentarias; y en el interés de que esta Cámara conserve su decoro, lo mismo cuando está reunida en conferencia, que cuando está en sesión ordinaria, rogaría á los señores senadores, que, sólo usara de la palabra, el que la tenga y que éste reclame el derecho que le acuerda el reglamento para no ser interrumpido. De lo contrario, temo que esta sesión haga perder al Senado sus hábitos moderados y se extravíe la discusión.

**Sr. Rocha** — Pido excusa á mis honorables colegas por la viveza con que he usado de la palabra; pero yo no he sido el que he tenido la culpa.

He empezado este debate, cuando he fundado el proyecto que está en discusión, con toda la serenidad de espíritu que un asunto tan grave debe reclamar.

Empecé por hacer justicia á aquellos que tienen opiniones contrarias á las mías. Dije que creía tenían iguales

propósitos á igual patriotismo que yo; que yo estaba en otro camino, pero que respetaba sus opiniones y sus propósitos. No ha habido de mi parte palabras duras: lejos de haber palabras duras, han habido palabras de consideración.

Desgraciadamente, no hemos sido tratados del mismo modo ni mis amigos ni yo. He tenido que defenderme. Lo he hecho tal vez con alguna viveza, y por ello pido disculpa al Senado.

**Sr. Vélez**—Yo también pido la misma disculpa.

**Sr. Argento**—Aquí viene bien el adagio del ladrón detrás del juez y del diablo detrás de la cruz.

**Sr. Vélez**—Yo rechazo las palabras del señor Senador: son impropias, antiparlamentarias é indignas.

El señor Senador sabe perfectamente bien que con eso no me puede herir á mí. Estoy más arriba de todas sus diatribas, y por más que las alce hasta mí, no han de llegar á donde estoy!

**Sr. Argento**—Acaba de decir que ha sido gobernador de revolucionarios, ¿qué extraño es entonces que venga á defender á los revolucionarios de Buenos Aires en pleno Senado?

**Sr. Vélez**—He dicho que he tenido la revolución contra mí como Ministro. Jamás he estado entre los revolucionarios. Siendo Ministro durante una revolución, me he mostrado manso y generoso con los rebeldes, puesto que al día siguiente de haber triunfado el Gobierno de la revolución, puse en libertad á todos los presos, sin que quedase uno solo. Volvieron á hacer otra revolución, fueron algunos tomados presos é inmediatamente puestos de nuevo en libertad.

Esta es la conducta que he observado en el poder.

He hecho estos recuerdos ante las manifestaciones que trajo el señor Senador por Corrientes.

**Sr. Gelabert**—Voy á contestarle después.

**Sr. Vélez**—Así, si he entrado en estos detalles, no ha sido para hacer alarde de mis actos pasados; he sido provocado á ello y los he recordado con toda elevación, haciendo la historia de mi conducta en el poder.

No he perseguido, ni he permitido

que se persiguiese á nadie, ni he ido á derrocar á nadie tampoco.

He expuesto con toda claridad, porque convoqué al pueblo para elegir nuevos miembros de una Legislatura, cuando los existentes no quisieron reunirse, á pesar de haber sido requeridos por cinco ó seis veces.

**Sr. Gelabert**—Voy á contestar los cargos que me ha hecho el señor Senador por Córdoba.

**Sr. Vélez**—Le permito que me interrumpa, aunque mucho más pudiera decir á este respecto.

**Sr. Gelabert**—El señor Senador ha dicho que yo me gozo en hacer mal á los pueblos. Ese cargo no puedo dejarlo en pie, porque siempre, hasta en el puesto de Gobernador que he ejercido, no he hecho más que respetar á mis propios enemigos, dándoles mayor libertad que la que yo tenía en el Gobierno.

Así se explica de los documentos oficiales, que el periódico que subvencionaba el Gobierno me insultase y ofendiese á su antojo y juicio.

Yo he despreciado esas calumnias y además pagaba doscientos fuertes para que siguieran en ese camino.

Un día llegaron á tal punto los insultos, que el mismo Ministro de Gobierno me dijo: «Usted no debe consentir semejante cosa».

No, señor, le contesté; déjelos, para que la historia juzgue si es cierto lo que dicen que yo hago; y mandé esos papeles al archivo.

Pero el señor Senador dice que nunca ha levantado la mano para ahogar á un pueblo, y olvida que ha sido Ministro de un señor gobierno revolucionario, de un señor Peña.

Fué precisamente durante su gobierno que entró un día un general como si entrara aquí, con un chicote en la mano para cerrar las puertas y obligarnos que aceptáramos la renuncia de un gobernador...

**Sr. Argento**—Y puso preso á dos ciudadanos, el señor Méndez y al...

**Sr. Vélez**—Es completamente falso; lo desmiento categóricamente.

**Sr. Gelabert**—Tengo la palabra.

**Sr. Vélez**—Yo soy el que la tengo.

**Sr. Gelabert**—Pero me la ha cedido.



**Sr. Vélez**—Más tarde rectificaré.

**Sr. Gelabert**—Yo no he podido gozar en hacer mal á Buenos Aires, porque comprendo que el pueblo no está ni ha estado con el doctor Tejedor: con Tejedor han estado solamente los elementos oficiales que han sido vencidos á balazos, dejando dos mil cadáveres de por medio.

El pueblo de Buenos Aires que representa setenta ú ochenta mil guardias nacionales, no puede estar representado por diez ó doce mil que han sido arrastrados por la fuerza para pelear contra las tropas nacionales y que han dejado, como he dicho antes, dos mil cadáveres, mil ó mil quinientas viudas y tres ó cuatro mil huérfanos. ¿Con qué derecho ese gobierno ha gastado ciento de millones de pesos, cuando la Cámara de 1879 de esa provincia le había negado fondos para comprar armas?

Las compró con la seguridad de que más tarde pondría en juego la máquina electoral para hacer diputados á su gusto, que le dieran millones de millones que no ha de poder probar nunca su inversión; á la gente que tiene algo que perder, á la gente que desea la paz, que las leyes sean un hecho y que no haya un gobierno rebelde á la cabeza de una fracción de partido interesa esta sanción.

No es el gobierno el que representa á Buenos Aires. Buenos Aires es un pueblo respecto del cual no se puede decir que lo representan diez ó veinte mil hombres armados por fuerza.

En los combates que han tenido lugar, no es el pueblo de Buenos Aires el vencido: son los rebeldes que están en diminuto número, los que han sido vencidos.

Y la prueba de que ese pueblo no es rebelde sino sus poderes, está en que yo he tenido garantías para decir en todos los círculos, en todas partes, que el Gobierno era rebelde; y no podía temer de decirlo, porque esa era la opinión de la mayoría y porque es el pueblo el que hace respetar á todos los que hablan con libertad, y no el Gobierno.

**Sr. Vélez**—Voy á continuar dándole ligeras explicaciones al señor Senador, porque, como lo he dicho ya, cuando se traen al debate mis actos públicos, me gusta contestar los cargos que se me

hacen; y voy á demostrar que son inexactos muchos de ellos y falsos completamente otros.

El señor Senador Argento decía que yo había puesto preso al señor Méndez. Esto es completamente falso.

**Sr. Argento**—He tenido informes que prueban lo contrario.

**Sr. Vélez**—Así se difunde la calumnia.

No he puesto preso á nadie...

**Sr. Argento**—¿Y los señores Méndez, Campillo y García?

**Sr. Vélez**—Esos y varios otros fueron presos por el Juez de 1.ª instancia; y yo al día siguiente de vencida la rebelión dí un decreto, poniéndolos en libertad...

**Sr. Gómez**—¿Cómo! ¿Estaban presos por orden del Juez y los puso en libertad!

**Sr. Vélez**—Es que las cuestiones políticas están más arriba de las mismas pesquisas judiciales, cuando se relacionan con ellas.

**Sr. Gómez**—No podía violar las órdenes del Juez.

**Sr. Vélez**—Usaba de las atribuciones que tiene en esos momentos el Gobierno, como las tiene todo poder para amnistiar á los revolucionarios.

**Sr. Gómez**—Pero no tiene facultad para arrancar de su jurisdicción al reo que ha sido juzgado y penado.

**Sr. Vélez**—¿Todavía no se había iniciado el proceso!

He dicho que al día siguiente de vencida la rebelión mandé poner en libertad á todos los presos. Entonces, si me arrogaba alguna facultad, era con propósitos grandes.

Quería hacer la paz; quería fundar la estabilidad de la provincia y quería fundarla con actos grandes y generosos.

Ahora, los señores senadores, cuando ven que he procedido con toda generosidad, dicen: pero arrebató facultades al Juez!

**Sr. Argento**—Era generoso con lo ajeno.

**Sr. Vélez**—Con los actos propios de un gobierno.

**Sr. Argentó**—Entonces era un dictador.

**Sr. Vélez**—Así muestro yo al señor Senador que cuando hablo de este modo, tengo derecho á hacerlo, porque siempre he defendido en todas partes la libertad y las instituciones. Donde quiera que éstas se han hollado, he levantado mi voz protestando, sin esperar la ayuda de nadie y con elevado patriotismo, no he faltado jamás á mi deber y á mis convicciones, sin que ni Córdoba ni ningún otro pueblo me haya visto en silencio presenciando un atentado.

Pero vuelvo á la cuestión, señor Presidente: he pedido que se me citase un artículo de la Constitución en que se apoyase el decreto. No se me ha citado ninguno.

Se me dice que es un derecho de conservación.

Pero el Senado no puede proceder por derecho de conservación. Es preciso que sus actos estén escritos y basados en la Constitución.

El Senado no puede más que aquello á que lo faculta la Constitución; si no está en la Constitución esta facultad, no la tiene, y no puede por derecho de conveniencia, por perspectivas de paz ó por cualquiera otra causa, dictar ninguna ley á que no lo autorice ella.

Yo pregunto, ¿dónde está la facultad que autoriza al Senado de la Nación para destruir legislaturas y para echar abajo el Poder Ejecutivo de una provincia?

Podía que se me cite un solo artículo; se me ha citado el artículo 6.º, y he demostrado que con el artículo 6.º no hay semejante facultad.

**Sr. Argentó**—No ha mostrado nada.

**Sr. Vélez**—Por la Constitución primitiva se podía juzgar á los gobernadores; pero hoy no se les puede juzgar; son completamente independientes y desaparecería la autonomía de los Estados, desaparecería el orden constitucional si el Congreso pudiera disolver los poderes públicos de las provincias con este ó cualquier otro pretexto.

Me opongo, pues, á esta ley, porque es una ley que, en vez de buscar la paz, viene á hacer la guerra; en vez de dar estabilidad á la situación, viene á volcarla; en vez de preparar días plácidos,

viene á preparar días nublados y tenebrosos para la República Argentina; en vez de apoyarse en la Constitución, la viola directamente y aplasta la autonomía de las provincias. En adelante no habrá estabilidad; ninguna provincia se considerará segura si no cuenta con la mayoría del Congreso, y me parece que nosotros, que amamos el sistema federal, que amamos las autonomías provinciales, tenemos que oponernos á este proyecto que las lleva por delante.

Si hay rebeldes en Buenos Aires, que los acusen ante los tribunales. Si las cámaras son rebeldes, que las lleve el Fiscal Nacional ante el Jefe. Si el Vicegobernador es rebelde, que lo arrastren ante los jueces; pero el Congreso no puede dictar leyes de esta clase, no tiene facultad para ello, ni puede tenerla, dado el sistema federal que nos rige, sistema por el cual cada provincia queda completamente independiente del Gobierno Federal para el nombramiento de su Gobernador y demás funcionarios públicos.

El Gobierno general puede intervenir, indudablemente, en el territorio de las provincias; pero es en los casos que la misma Constitución ha marcado, esto es, según el artículo 6.º, para garantir la forma republicana de gobierno, repeler invasiones exteriores ó, á requisición de sus autoridades constituidas, para sostenerlas ó restablecerlas, si han sido depuestas por la sedición. Nada más, señor Presidente!

Por consiguiente, me opongo completamente al proyecto que está en discusión. El viene á marcar una nueva era: de hoy en adelante, si este proyecto se convierte en ley, las legislaturas y los gobernadores quedarán á merced del Congreso...

**Sr. Argentó**—¿Y qué se ha hecho en Corrientes?

**Sr. Vélez**—Se habrá hecho lo que quiera el señor Senador, pero yo no lo autorizo, ni quiero que se autorice, y el señor Senador, que es tan federal, que ama tanto este sistema, no comprende que lo pone en peligro, porque lo que es hoy arma de un partido, será mañana arma de otro partido.

**Sr. Pizarro**—Protesto contra esas palabras del señor Senador! Yo no vengo



Agosto 11 de 1880

CAMARA DE SENADORES

17.ª sesión ordinaria

á hablar en nombre de las inspiraciones de partido!

**Sr. Vélez**—Digo que es un arma de partido; y que él hará rodar á los gobernadores y legislaturas, y así la independencia de los Estados desaparecerá completamente.

Vamos á sentar el precedente más funesto que haya existido en la historia de este país. Nunca se ha llevado una intervención á las provincias para derrocar legislaturas!

**Sr. Argentó**—¿Y en Entre Ríos, y después de Pavón, no se han llevado á todas partes! Esa es la historia.

**Sr. Pizarro**—Pido la palabra.

Poco tengo que decir en favor de este proyecto, que ha subscrito como una consecuencia de ideas que tengo anticipadas en el Senado y que constan de las numerosas actas de las sesiones precedentes.

Yo he creído siempre que la Legislatura rebelde de Buenos Aires debía desaparecer, porque es el único medio de dar por terminada la rebelión; lo que no sucedería si quedasen en pie los poderes rebeldes.

Mi honorable colega por Córdoba puede agotar toda su elocuencia, todo el calor de su alma, para defender el partido de la rebelión, pero no alcanzará jamás á probar que la Legislatura de Buenos Aires...

**Sr. Argentó**—Le caberá ese honor en la historia!

**Sr. Vélez**—El señor Senador me desafia con la historia. Apelamos á ella; lo ha de juzgar al señor Senador como á mí.

**Sr. Argentó**—No lo desafío porque soy enemigo de los desafíos.

**Sr. Vélez**—Pero los desafíos de esta clase son permitidos!

**Sr. Presidente**—Obsérvo que ninguno de los dos señores senadores tiene la palabra.

**Sr. Pizarro**—El señor Senador por Córdoba, decía, no alcanzará á probar jamás que la Legislatura de Buenos Aires, que ha votado tesoros, que ha levantado tropas, que ha armado la rebelión, que ha autorizado la política del Gobernador rebelde en todos sus actos, no es rebelde, y que la rebelión no queda en pie, quedando en pie este Poder.

principal actor en la rebelión, como que era el dispensador de los elementos de guerra que han servido.

Por consiguiente, para fundar este proyecto poco tengo que decir.

Soy hoy consecuente con ideas que he anticipado ayer y que son del Senado también en la inmensa mayoría.

Se trataba del proyecto de intervención á que se ha referido mi honorable colega, y en unión con el señor Senador por Santa Fe, yo propuse una adición que determinaba el objeto de la intervención y su duración «hasta tanto fueran suprimidos los poderes políticos de la provincia», y entre ellos se comprendía la Legislatura que había sido el principal actor de la rebelión.

Ratificando una indicación del señor Senador por Tucumán, en la discusión que acaba de tener lugar, diré que el miembro informante de la Comisión dijo en aquella ocasión que esta adición que yo proponía al proyecto de la Comisión, al aprobar el decreto del Poder Ejecutivo, estaba implícitamente comprendida en el decreto del Poder Ejecutivo, y reconocía así la necesidad de este procedimiento en el proyecto mismo que la Comisión presentaba á la sanción del Senado; siendo esta la razón que se dió para interesarse en que, tanto yo como mi honorable colega por Santa Fe, retirásemos las adiciones que habíamos proyectado, á objeto precisamente de definir y deslindar con claridad el carácter de la intervención, sus propósitos, su duración y efectos.

El señor Senador por Córdoba, en su apasionadísimo discurso, en que todo lo ha tocado y en que poco ha tratado la cuestión actual, ha entrado á estudiar las causas de la rebelión, y las ha fijado en el falseamiento del voto público en las luchas electorales que han pasado.

Esto no es, en la actualidad, señor Presidente, sino una recrudescencia de argumentos ya gastados en la lucha electoral de ayer y de hoy, y que después del triunfo de las armas nacionales en la acción del 21 de Junio, han llegado á reaparecer últimamente en algunos diarios recalcitrantes,—según las consideraciones de esta política diaria, diré así; de esta política de actualidad que cambia de un instante á otro, según las perspectivas que á los parti-

dos se presentan de un monneto á otro.

Para desautorizar plenamente una aserción semejante, quiero que quede consignado en el acta de esta sesión esta observación: se han solicitado por los mismos que repiten estos argumentos sobre falseamientos del voto popular las situaciones hechas en las provincias donde mi honorable colega por Córdoba supone deprimido y falseado el voto público.

Se ha tratado de pactar con ellas para crear una situación política distinta de la que el voto nacional ha fijado á la República en la reciente lucha electoral.

Esto prueba que, si hay vicios y defectos en las elecciones, vicios ó defectos á que es imposible pueda proveer nuestra liberalísima Ley de Elecciones Nacionales, esos vicios y defectos no fueron jamás substanciales, puesto que no alcanzaron á impresionar la conciencia de los que los presentan como causas eficientes de la rebelión; y esto es claro desde que ellos mismos trataban de aprovechar las situaciones creadas bajo sufragios obtenidos con estas irregularidades del voto público. Tales irregularidades, si existen, no son peculiares de nuestro estado político y social, sino que son comunes á la humanidad entera, porque en todas partes del mundo, en todos los pueblos que se rigen por el sistema representativo, el sufragio público sufre sus eclipses, más ó menos parciales. Nosotros vamos así gradualmente adquiriendo mayor terreno para la libertad en esta materia, porque la vida es lucha eterna, cuando con estos inconvenientes naturales y así van haciéndose conquistas en todos los terrenos de la actividad humana.

Jamás, pues, los defectos de una elección que no los reconozco en el caso actual, pero que había de admitirlos en obsequio á las ideas bastantes exageradas de mi honorable colega por Córdoba, jamás, digo, este motivo alcanzaría á fundar un alzamiento en armas contra la Nación.

Si ha habido una elección que menos haya respondido al voto nacional, ha sido, sin duda, la elección del General Mitre. Fué impuesta por la victoria, y uno de los grandes partidos nacionales quedó alejado de las urnas.

Mi honorable colega conoce la historia del país y especialmente la de Córdoba. Hasta muchos años después de la elección del General Mitre, el partido denominado ruso ha estado completamente alejado de las urnas electorales, hasta que un día tuve el coraje bastante de decir: «Es necesario, después de la victoria, echar sobre el platillo opuesto de la balanza en que pesa la espada del vencedor, el peso de la influencia de los vencidos, llamándolos á la escena política».

Y sin embargo, y á pesar de todo esto, á nadie se le ocurrió, por los vicios más ó menos aparentes que pudiera tener la elección del General Mitre, que ello era un motivo para levantarse en armas, ni autorizar la rebelión contra su gobierno.

No; la rebelión tiene por causa, no esta tan ligera é insustancial: tiene por causa otra más grave y trascendental. La verdadera causa es la falta de poder efectivo en el gobierno central, en razón de no tener una capital permanente con jurisdicción propia. Es el haber estado el Gobierno Nacional de huésped, siendo asediado y oprimido por el gobierno local de Buenos Aires, es el haber residido allí sin jurisdicción alguna, y suscitando en el local de su residencia antojos inevitables; lo que importaba anular de hecho el gobierno mismo de la Nación porque gobierno y jurisdicción son sinónimos; y gobierno sin jurisdicción es gobierno en el nombre, una negación del gobierno mismo, un mito, un absurdo.

Lo he dicho en otras ocasiones y lo repito porque quisiera inocular esta convicción en el Congreso.

Esta es la verdadera causa de la rebelión; esta es la que el crítico y el historiador señalarán más tarde cuando hayan de estudiar en este período de nuestra época estas convulsiones que, de otra manera, sería un anacronismo inexplicable, dados los adelantos de la República.

Fijada, pues, en este sentido cuál ha sido la causa verdadera de la rebelión, hoy sólo se trata de reprimir esta, y el Congreso al declarar por este proyecto suprimida la Legislatura de Buenos Aires, no hace sino derribar el último baluarte de la rebelión.

Con qué derecho? se nos pregunta. Con el derecho que tiene el gobierno para destruir á su enemigo, para aniquilarlo, para ponerlo en la imposibilidad de hacer daño; en fin, con aquel derecho tan conocido y común que se denomina de propia conservación, de propia defensa.

Qué artículo se quiere buscar en la Constitución para fundar este procedimiento? Todos los artículos lo fundan desde la cruz á la fecha, como vulgarmente se dice, desde el preámbulo de la Constitución, que dice: «Nos los representantes del pueblo argentino», etc., hasta el fin; toda la Constitución da al Gobierno federal el derecho de defenderse contra los que imposibilitan las sesiones del Congreso, contra los que se levantan en armas, contra la autoridad nacional, contra los que le hacen guerra.

¿En virtud de qué? En virtud del derecho de defensa contra sus enemigos exteriores ó interiores...

**Sr. Argentó**—Y de la ley de Septiembre de 1866, que le puso el cúmplase el mismo general Mitre.

**Sr. Vélez**—Eso sería para acusarlos; pero no para que el Congreso los condene. Judicialmente, creo que se podría ir hasta ahí.

**Sr. Pizarro**—Fundado así el principio de que el Congreso puede y debe dictar esta resolución desenvolviendo las consecuencias de su autoridad para defenderse contra los enemigos interiores del país, suprimiendo completamente la rebelión, sin exponer la Nación á nuevos conflictos, diré que hoy no se trata de castigar, de reprimir por medio de la ley, de imponer penas por sentencia judicial, sino simplemente de separar á los rebeldes de aquellos puestos en que (es racional suponerlo, y así lo están demostrando los hechos) han causado, y van á causar grandes trastornos.

Es en pró de la tranquilidad del país que se toman estas medidas.

Haré notar, sin embargo, la inconsecuencia de mi honorable colega por Córdoba, quien en sesiones anteriores nos pedía para las personas todo género de consideraciones y hoy nos pide actos judiciales y penas para los rebeldes.

«Nada de venganzas, nada de arrastrarles ante los tribunales», nos decía entonces y hoy viene á decirnos:—«Llévenmosles ante los tribunales; vayan ante el Juez el Vicegobernador y los miembros de la Legislatura rebeldes» etc.

**Sr. Vélez**—Pero yo no lo pido; digo que ese es el verdadero procedimiento.

Soy consecuente; no digo que los lleven ante los jueces ni subscribiría ningún proyecto que tendiese á esto, digo simplemente; si son criminales ó rebeldes, como se repite en cada sesión del Senado, los miembros de la Legislatura y del Poder Ejecutivo, lléveseles ante los tribunales, júzgueseles.

**Sr. Argentó**—Hay que quitarles el carácter público que invisten para hacerlo.

**Sr. Vélez**—Preséntese el proyecto, y yo estaré en contra, porque creo que las condiciones de la paz son superiores á toda otra cuestión política.

**Sr. Pizarro**—Estas vacilaciones, estos cambios de espíritu de mi honorable colega, prueban que no pisa terreno bastante firme, y que necesita buscar puntos de apoyo, según se mueve sus pies el terreno que oprime.

No se trata, señor Presidente, de satisfacer venganzas, ni persecuciones sobre los individuos, ni de enjuiciar á nadie, ni de imponer penas; se trata de que el Congreso ejerza un acto puramente político, que puede y debe ejercer, eliminando aquellas causas de perturbación que son hoy una amenaza para la tranquilidad y el orden público, y, que produjeron ayer la rebelión, que es indispensable reprimir; y por mi parte yo diré: hasta este mismo acto, y esto le consta al señor Senador por Córdoba—lo habría omitido, si la Legislatura de Buenos Aires, inspirándose en otros sentimientos que los que era natural que tuviese, al producir la rebelión, hubiera pensado después de ella en servir á los grandes intereses de la Nación, suprimiendo de una vez por todas la verdadera causa que ha producido este gran trastorno nacional al contribuir, por su parte, á la fijación de Capital permanente.

Lo había dicho antes de ahora: esta Legislatura debía volver á los procedimientos anteriores y ser inadecuada á

este propósito nacional, las ideas, las opiniones que respondían á un orden hostil á la Nación, no podían de un momento á otro formarse favorables á ella. Bajo un nuevo orden de ideas y de aspiraciones eminentemente nacionales; bajo un estado de reparación, esa Legislatura debió concurrir á remover esta grave causa de trastornos, y dar Capital á la República, dando así una base sólida al Gobierno Nacional; pero era imposible esperar esto de una Legislatura rebelde contra la Nación, al siguiente día de vencida la rebelión promovida y sostenida por ella.

A pesar de esto, he guardado silencio hasta este momento, absteniéndome de presentar, como lo tenía prometido en sesiones anteriores, proyectos análogos al de que hoy se trata, tendentes á la disolución de esta Legislatura, porque aun he esperado que ella respondería á las nuevas necesidades de la época, facilitando la solución de la gran cuestión nacional.

Pero está visto que, lejos de responder á estos propósitos está concitando al pueblo, está suscitando á la Nación nuevos motivos de desacuerdos y revueltas.

Entonces, en presencia de los principios comprometidos y ante la experiencia de ayer y hoy, he creído que esa Legislatura era inadecuada para servir á la nueva situación del país.

Por consecuencia lógica con los principios, por exactitud de miras bajo el punto de vista político, esa Legislatura debe ir abajo.

No despreciamos, pues, estos instantes preciosos para terminar aquella gran cuestión: removamos los obstáculos que se oponen á la fijación de la Capital permanente de la Nación, que se oponen á la paz y á la tranquilidad pública, y facilitando los medios de resolver la gran cuestión, afiancemos la nacionalidad, terminemos nuestra organización y aseguremos una paz permanente á la República.

Es con estas miras y propósitos que he subscrito el proyecto en discusión.

**Sr. Argento**—Pido la palabra.

No sé si será ahora la oportunidad de proponer la adición que indiqué antes, ó si debo dejarla para la discusión en particular.

**Sr. Rocha**—Para después que se vote en general.

**Varios señores senadores**—Estamos en conferencia.

**Sr. Argento**—Creo, señor Presidente, que no es lógico suprimir la Legislatura y que quede en pie el Vicegobernador, que es tan rebelde como la Legislatura.

**Sr. Vélez**—Entonces, el señor Senador quiere...

**Sr. Argento**—Que se suprima todo lo que sea rebelde. Yo no ando con vueltas.

**Sr. Vélez**—¿Ha concluido el señor Senador?

**Sr. Argento**—¿Cómo quiere que concluya si recién empiezo! El señor Senador que es tan largo debe esnchar á los demás.

Decía, señor Presidente, que es notorio que el señor Vicegobernador en ejercicio del Poder Ejecutivo ha estado presidiendo esa Legislatura durante el gobierno rebelde del doctor Tejedor, y que con su firma se hallan autorizadas todas esas leyes atentatorias á los derechos y á las prerrogativas de la Nación, esas leyes en que se rebelaban contra la autoridad nacional, esas leyes en que se autorizaba el contrabando, en que se acordaban millones para la resistencia, como se llamaba allí; en una palabra: ha contribuido con su presencia á que se cometiesen todas las agresiones á los derechos de la Nación que se vieron durante el tiempo del doctor Tejedor.

A más, como lo acaba de declarar en una de las últimas sesiones del Senado provincial el doctor Varela, parece que el doctor Moreno no es más que un continuador de la política del doctor Tejedor. Y esta es la verdad, por más vueltas que quiera darse: es la continuación de la política del doctor Tejedor la que observa el Vicegobernador. El ha sido también miembro de la Comisión encargada de la fabricación de cartuchos y de forjar las balas que se disparaban sobre los soldados de la ley. El, después, en ejercicio del Poder Ejecutivo no ha cumplido con los deberes de sumisión y acatamiento que prometió cumplir al Presidente de la República.

Una de esas condiciones fué el desarme completo, no una farsa de tacuaras, como se hizo en Corrientes;—y creo que

aquí se ha hecho peor. No tengo exactos conocimientos al respecto, pero creo que no se ha entregado ni una décima parte de las armas que debieron entregarse. Y sin embargo ha pasado más de un mes sin poderse hacer este desarme.

Pero no es sólo esto.

Las trincheras todavía existen; han empleado más tiempo en deshacer las que han deshecho que en hacerlas todas. Hasta hoy se ve una actitud amenazante, con fuerzas á las órdenes de ese Gobernador, que las tiene colocadas en distintos puntos; en fin, se mantiene un estado verdaderamente revolucionario.

Yo digo entonces, ¿por qué se ha de hacer la justicia á medias?

O es tan rebelde el Vicegobernador como la Legislatura, y entonces los dos deben caer porque es lógico y natural; ó de lo contrario pruébeseme que el Vicegobernador no está en las condiciones de la Legislatura, y entonces me explicaré esta especie de deferencia ó preferencia que se quiere hacer respecto de él, dejándolo en el Poder Ejecutivo y echando abajo la Legislatura.

Hay que ser consecuente, hay que ser lógico, hay que ser justo, señor Presidente.

Yo veo que en Corrientes ha ido el Interventor y sin tener más facultades que las que le da precisamente la ley que se dictó al mismo tiempo que se ordenaba la intervención en Buenos Aires, ha hecho caer por tierra Poder Ejecutivo, Legislatura y hasta Poder Judicial.

Yo aquí no sostengo que se supriman también el Poder Judicial, porque no es Poder político.

**Sr. Gelabert**—Y sin embargo el Poder Judicial de Corrientes fué removido en 1878 por la Intervención.

**Sr. Argento**—Pero yo no pido que se reorganice el Poder Judicial porque él no se ha levantado por ningún acto en contra de la Nación.

El señor Senador por Córdoba ha pedido que le citemos un artículo de la Constitución.

Es la tercera ó cuarta vez que me veo obligado á repetir que cuando el artículo 6.º dice que la autoridad federal puede intervenir en las provincias *de motu proprio*, ó por autoridad propia,

para restablecer la forma republicana de gobierno, comprende también el caso en que los Poderes Provinciales existan ilegalmente.

No se puede explicar que á un individuo que debe estar sometido á la acción de los tribunales por un delito que ha cometido, pueda dejársele posesionado del poder en una Provincia. Esto es impropio, y hasta inhumano.

El señor Senador dice: Júzguesele, si es delincuente, y ¿quién va á juzgar al actual Gobernador de Buenos Aires, si está garantido con dos ó tres mil hombres que lo sostienen?

¿No sabe el señor Senador que el criminal que se trata de prender, se le tiene que desarmar previamente, para someterlo á la acción de la justicia?

Hay, pues, que quitarle primero esa investidura que ejerce ilegalmente y una vez que esto suceda y que se le desarme, para que no se resista á la autoridad nacional, entonces se le someterá á la acción de los tribunales, como lo indica el señor Senador;—esto es si el Congreso no dicta antes una ley general de amnistía perdonando á los reos de rebelión contra la Nación.

Ese es el orden que se observa en todas las partes del mundo civilizado, donde hay gobiernos estables.

Ahora, si se me dice que hay forma republicana de Gobierno porque existen allí dos formas de poderes, uno que se llama Poder Ejecutivo y otro Legislativo, contesto que esto es solo en el hecho, pero no en el derecho, porque no se puede suponer siquiera que los que son servidos por reos de rebelión puedan ser considerados como poderes legales á efecto de que á ellos les sea permitido entrar en relaciones oficiales ni con el Presidente ni con el Congreso, ni con ninguna autoridad constituida.

Entonces, pues, ¿cómo se dice que existe en este caso la forma republicana de Gobierno? Ella no existe, señor Presidente, porque niego que ese gobernador sea tal Gobierno. ¿Y por qué no es tal Gobierno? Porque no es legal, y en lugar de serlo es ilegal porque es delincuente. Existe la Legislatura? Tampoco, porque esa Legislatura es también delincuente toda ella, porque ha conspirado y conspira aún contra la Nación, y deben ser juzgados todos sus miem-



bros por la ley de justicia Nacional. ¿Para que se dan las leyes entonces? ¿Para qué se ha dado la ley de Septiembre sobre los delitos contra la Nación, y la que establece el procedimiento que debe seguirse en los casos de rebelión, que es el siguiente: primero, intimación á los rebeldes para que se sometan, segundo, intimación bajo apercibimiento, y á la tercera ya no se hace intimación sino que se somete á los rebeldes á la autoridad, por medio de la fuerza?

Esa es la ley que ha debido aplicarse en este caso, porque ha sido dictada por el Congreso y aun no ha sido derogada, y por consiguiente se halla en vigencia.

Y si las leyes establecen un procedimiento para estos casos de rebelión ¿por qué no se ha observado estrictamente, como se ha hecho en otros análogos? Por qué esta especie de contemporización para con los rebeldes, y por qué este procedimiento injusto, observado hasta ahora, y que ha consistido en derrocar solo á un Gobernador rebelde para dejar en el poder á otro tan rebelde como él, y á la actual Legislatura que ha sido, y es aun más rebelde que todos?

Pero esto no es ni formal siquiera; y por cierto que este proceder tan insólito como inexplicable no nos ha de hacer honor ante el extranjero, que nos contempla. Esto me parece grave, muy grave, porque veo que no se salvan los principios; sino que por el contrario, á costa de esto se ha querido contemporizar con los rebeldes. Los principios y las leyes que nos rigen, ó se aplican en un todo, ó no se aplican: pues no se puede andar á medias en estas cosas.

Estas han sido mis ideas desde un principio, y voy á permitirme recordar al honorable Senado algo de la historia de este asunto.

Muchos de mis honorables colegas recordarán que cuando llegó el ex general Mitre á este pueblo, como comandante en jefe de la plaza sitiada, pidió una conferencia, según se dijo entonces, con el Presidente de la República, con el objeto de ver si se arreglaban las bases de sometimiento de los rebeldes á la autoridad nacional.

El señor Presidente no lo quiso recibir personalmente y mandó á sus ministros á conferenciar con él.

Después de la conferencia el Presidente mandó invitar á algunos senadores entre ellos á mí, para que le diéramos particularmente nuestra opinión sobre las bases que habían acordado los conferenciantes, y digo nuestra opinión particular, porque en ese caso no procedíamos como senadores, como se hizo constar en el acto sino como consejeros privados.

En esa conferencia se nos pidió opinión sobre si se aceptarían ó no las bases proyectadas, la mayor parte dijeron que sí y unos pocos digamos que no, entre otras razones, porque no se podía pactar con los rebeldes.

Una de las preguntas que yo hice entonces, fué ésta: ¿Para entrar en esta especie de arreglo, ó pacto, se considera á los rebeldes como belligerant-  
tos legítimos? ¿Sí ó no?

Se me contestó que no se trataba de un pacto, sino de una capitulación;— á que replicué que ni aun en ese carácter se podían aceptar las bases proyectadas, porque no se observaba en este caso el procedimiento establecido por la ley de justicia federal para los casos de rebelión, etc.

Sin embargo se dijo que esto era una especie de sometimiento de los rebeldes á la autoridad nacional, que no tendría la forma de un pacto escrito, y que algunas promesas que con este motivo se hicieron por el Presidente de la República se cumplirían en cuanto estuviera en sus atribuciones hacerlo.—Yo insistí, entonces señor Presidente, en hacer notar que mi opinión la daba en ese momento en una reunión privada como simple particular; y no como representante de la Provincia de Santa Fe en el Senado.

No obstante, mis opiniones particulares de entonces son las que sostengo ahora como Senador.

En efecto, yo decía entonces, como ahora, que no se podía hacer decorosamente ninguna clase de pacto ó convenio con los rebeldes, porque esto era depresivo de la autoridad nacional; que aquéllos debían someterse á ésta sin condiciones.

Entonces insistí, y soy ahora consecuente con las mismas ideas al afirmar: que no había lógica en aceptar la renuncia del doctor Tejedor, y reconocer al Vicegobernador, que había sido



tan rebelde como él, y sobre todo, dejar en pie y como poder legal á la Legislatura que ha sido y continúa siendo más rebelde que todos ellos, pues ha proporcionado los fondos para la rebelión, ha aprobado la conducta rebelde del Gobernador Tejedor, y ha dictado las leyes más atentatorias á los derechos y prerrogativas de la Autoridad Nacional.

Esto no se explica, señor presidente, porque es ir contra la Constitución, contra las leyes y contra todo orden de cosas racional.

Yo había manifestado entonces esas ideas; y tuve después ocasión de hacerlo nuevamente cuando se discutió la ley sobre intervención á esta Provincia. En esa ocasión propuse una adición tendiente al mismo objeto, es decir, á que se reconstruyesen los Poderes políticos de la Provincia de Buenos Aires, de conformidad á la primera parte del artículo 6.º de la Constitución y en el sentido en que lo dejo explicado.

Ahora que se trata del mismo asunto, insisto en estas ideas, y sostengo que en este proyecto de ley debe establecerse expresamente que cese el Vicegobernador y la Legislatura rebelde.

Esto creo que es natural; y yo cumpliendo con el deber de hacer esta salvedad, he manifestado mis ideas, para que se vea que soy consecuente con ellas.

**Sr. Vélez**—Pido la palabra.

Me parece que habiéndome opuesto á las ideas manifestadas por mis colegas, y especialmente al proyecto, debo concluir con algunas palabras.

El señor Senador que la deja no se ha contentado ya con el proyecto tal como lo han presentado varios Senadores, sino que vá más lejos: quiere que sea derrocado también el Vicegobernador.

Sobre esto, apesar de que no creo que prevalezcan mis ideas, sólo debo decir que estas son palabras muy graves para el Senado.

El Poder Ejecutivo, por nota que remitió al Senado declaró que había reconocido y se había entendido con el Vicegobernador de la Provincia y su Legislatura.

Si el Senado ahora desconoce las medidas adoptadas y el carácter del go-

bernador de la Provincia de Buenos Aires, por ese acto condena el proceder del Ejecutivo Nacional, y no tiene derecho para condenar ningún acto del Ejecutivo ni desaprobarlo.

**Sr. Argentó**—¿Entonces somos empleados del Poder Ejecutivo?

**Sr. Vélez**—Si el Poder Ejecutivo ha procedido mal, si ha ultrapasado las facultades que tiene, la Cámara de diputados lo debe acusar por haber reconocido como gobernador constitucional á un gobernador rebelde.

No lo ha hecho la Cámara de diputados? entonces el Senado no puede desaprobar la conducta del Poder Ejecutivo porque es salir de las facultades que tiene.

**Sr. Argentó**—entonces ¿estamos ligados á todo lo que haga el Poder Ejecutivo?

**Sr. Vélez**—No, señor, pero el Senado es Juez y no debe olvidar este último carácter; y dejaría de ser juez si entrara á desaprobar los actos del Poder Ejecutivo, porque por ese solo hecho perdería su imparcialidad, comprometiéndose su opinión y quedando inhabilitado para juzgar.

El juez no puede emitir opinión sobre un asunto que le puede ser sometido de un momento á otro.

Si la Legislatura es derrocada, es claro que el señor Vicegobernador se separará del puesto que ocupa. Este es su deber, esto es lo que le marca su decoro, así es que yo creo que si se sanciona el proyecto, no hay necesidad de establecer que se desconozca también al gobernador.

**Sr. Pizarro**—Yo he de acompañarlo en eso á mi honorable colega.

**Sr. Vélez**—El gobernador no puede quedar en su puesto.

**Sr. Argentó**—Sí; ha de quedar.

**Sr. Vélez**—No ha de quedar, señor, conozco al caballero que está al frente del Poder Ejecutivo de la Provincia, sé que es un hombre distinguidísimo que no ha de permanecer en su puesto, si este proyecto se sanciona.

**Sr. Argentó**—Pero debe caer envuelto en el mismo anatema que la Legislatura.

**Sr. Vélez**—*Lástima es que para dar este anatema, no tenga poder el Congreso.*

Yo los emplazo á los señores senadores para el porvenir; los estados han de repetir como los gladiadores al César: *César mirituri te saludan.*

Con este proyecto todos los estados están expuestos á desaparecer, el día que haya en las Cámaras de la Nación una mayoría para derrocar á gobernadores y Legislaturas. No hay sistema autonómico, si este proyecto pasa.

El artículo 6.º, ni violentado, ni con las explicaciones que ha dado el señor Senador, puede interpretarse como él pretende; ningún constitucionalista se coloca en el caso de que al frente del Poder Ejecutivo haya un hombre culpable.

**Sr. Argentó**—Por que es tan monstruoso eso que á ningún constitucionalista se le puede ocurrir.

**Sr. Vélez**—Puede estar al frente del Poder Ejecutivo un ladrón convencido de robo, reconocido como ladrón y les suficiente eso para que el Congreso intervenga y vaya á derrocarlo, porque este hecho se levanta contra el decoro y la dignidad de la provincia?

**Sr. Argentó**—No me falsee mis ideas, trátame de buena fe. Es muy distinto el caso de un ladrón, con el de una rebelión contra el Congreso, el Presidente y las autoridades nacionales.

**Sr. Vélez**—Precisamente, contra el Congreso no lo ha sido, se ha declarado cien veces.

Y si es contra el Congreso ¿cómo va á entrar á juzgarla el mismo Congreso? ¿Cómo va á ser juez y parte? El Congreso compromete su imparcialidad, si siendo atacado por la rebelión, el mismo declara rebeldes á los que lo atacan. Repito que esto no se puede hacer, que se acaba con el sistema federal. Por eso me opongo: es preciso que los señores senadores tengan presente que este proceder va á ser funesto para el porvenir del país.

**Sr. Gelabert**—Eso mismo se ha hecho en Entre Ríos y en Corrientes en los años 61 y 68.

**Sr. Vélez**—Puede haberse verificado, pero no se ha sancionado por el Congreso. Esta es la inmensa distancia que

hay: aquí se trata de una ley, el Congreso va á decir: destitúyase, dérróquese—Hasta ahora se ha dicho: intervógase, pero nunca: échese abajo una Legislatura, á un Poder Ejecutivo.

Esto es completamente inusitado; esto es traer á la barra del Congreso á una Legislatura, á un gobernador y juzgarlos; y digo que el día que esto se haga, habrá acabado el sistema federal.

**Sr. Argentó**—Es que han faltado á las leyes nacionales, se han rebelado contra la nación.

**Sr. Vélez**—No es el señor Senador el que tiene que declarar eso: son los jueces los únicos llamados á resolver sobre este punto tan grave, y cuando se trata de la Provincia de Buenos Aires debemos tener mayores miramientos—así como se tienen más consideraciones con una persona que ha servido á la patria que con un patán que pasa por la calle.

**Sr. Argentó**—¿Entonces no hay igualdad para el señor Senador, ante el derecho?

**Sr. Vélez**—No he de considerar lo mismo á un patán que al señor Senador.

**Sr. Gómez**—Ante la ley todos son iguales.

**Sr. Argentó**—Es que al mozo pobre siempre se le desprecia... (*Risas*).

**Sr. Vélez**—Hablo políticamente, que es como proceden los parlamentos.

**Sr. Rocha**—Precisamente estamos obrando políticamente.

**Sr. Argentó**—Se está contradiciendo.

**Sr. Vélez**—Pero por la Constitución nosotros no podemos entrar á juzgar.

**Sr. Pizarro**—La Corte Federal juzgará á los rebeldes.

**Sr. Vélez**—No sé quien los juzgará: los juzgará tal vez el Poder Judicial que es el que tiene facultad para ello; pero no es el Senado ni la Cámara de Diputados que no tienen semejante derecho para juzgar á los miembros de una Legislatura sin que ellos estén presentes, sin que se defiendan de los cargos que se les hacen, y á quienes, declarándolos rebeldes, se les echa de sus puestos.

Agosto 11 de 1880

CAMARA DE SENADORES

17.ª sesión ordinaria

Esto es un proceso y no es un proceso.

Es un proceso, puesto que se califica de rebelde á los miembros de una Legislatura; y no es un proceso, puesto que no están aquí los acusados ni presentes en la barra del Congreso.

Es un proceso, puesto que se les arroja del puesto que ocupan, por haber violado las leyes. No es un proceso, puesto que no se siguen las formas propias de los procesos, puesto que los acusados no tienen defensores, puesto que tampoco están aquí para defenderse.

Entonces, sancionando este proyecto vamos á violar cuanto está establecido por la Constitución á este respecto.

Hay algo más, señor Presidente: lo que no está establecido por la Constitución no lo tiene el Congreso Nacional.

Yo he preguntado ¿dónde está determinada la facultad del Congreso para derrocar Legislaturas, para derrocar Gobernadores?...

**Sr. Pizarro**—¿Con qué autor sostiene semejante monstruosidad constitucional: que lo que no está en la Constitución, no lo tiene el Congreso.

Ni en las federaciones puras podría admitirse eso. Hay facultades implícitas que el Congreso, como todo gobierno, tiene; aquellas que no hay necesidad de pedir las, porque la Constitución no debe consignarlas.

Tal es el derecho de su propia defensa.

**Sr. Vélez**—El Gobierno Federal está limitado por la Constitución, y no tiene más facultades que las que expresamente le da la Constitución.

**Sr. Pizarro**—Entonces no hay poderes implícitos.

**Sr. Vélez**—Puede haber poderes implícitos; pero, yo pregunto ¿cuál es ese poder implícito?

**Sr. Argento**—El de propia conservación.

**Sr. Vélez**—Pero de qué artículo de la Constitución deduce esa facultad? Señáleme el señor Senador el artículo en virtud del cual pueda deducirse este poder del Congreso para juzgar sin oír á los acusados, para destituirlos, sin oírlos y sin tenerlos presentes.

**Sr. Pizarro**—Todo juicio importa una sentencia, toda sentencia importa una condenación, y toda condenación impone una pena.

**Sr. Vélez**—Destituir á la Legislatura, destituir al Gobernador, no es una pena? Es esto un mimo que se hace á los poderes de Buenos Aires!!

Nada más quiero agregar. Creo que las observaciones que he hecho no han sido rebatidas en esta parte, ni pueden ser rebatidas, porque están basadas en la Constitución: ella ha establecido la independencia de cada provincia. Es eso lo que se llama autonomía, y de ahí arranca la palabra que ha servido de lema á un partido—al partido autonomista, que defiende las provincias tal como se encuentran hoy organizadas, es decir, no le da al poder federal sino lo que tiene por la Constitución, y al mismo tiempo defiende la autonomía, la independencia que tienen las provincias para darse sus poderes, para formar sus legislaturas, su poder ejecutivo, y su poder judicial. Esto se llama autonomía; y esta desaparecería si se sanciona el proyecto en discusión. No habrá autonomía; habrá poderes subordinados al Congreso, y el Congreso, siempre que quiera, los destituirá por una sanción como esta.

*(Falta en esta parte de la sesión, un discurso pronunciado por el señor Senador Rocha, que irá en otro lugar.)*

**Sr. Vélez**—Pido la palabra.

Voy á decir simplemente dos palabras para contestar el apasionado discurso que acaba de pronunciar el señor Senador por Buenos Aires.

El nos habla de la necesidad de establecer y fundar el poder federal de la Nación, el poder del Gobierno de la Nación; yo lo veo existiendo más fuerte que nunca, muchísimo más fuerte que ahora cuatro ó seis meses; se ha levantado fuerte, se ha levantado imponente; por eso he dicho: que ha llegado el caso de ser generosos.

El señor Senador nos ha recordado una historia—la historia de Rivadavia, que tuvo que caer por las exigencias de los caudillos del interior; pero olvida que esos caudillos fueron los que fundaron un gobierno federal que consultaba más las exigencias de los pue-

blos, porque estaban apoyados por estos; que resistían esa tirantez del poder central que se quería establecer.

**Sr. Rocha**—Probablemente he sido muy deficiente en mis palabras: no sólo he recordado el gobierno de Rivadavia, he tomado todos los gobiernos del país para mostrarle que siempre nos ha faltado poder nacional.

**Sr. Vélez**—Ha venido dibujándose la lucha entre el poder central, que pretendía levantarse tan grande como lo quiere el señor Senador, borrando legislaturas y gobernadores y el sistema federal sostenido por esos candillos; ¿Cuál es el sistema que ha triunfado? El sistema de esos candillos, que comprendían é interpretaban mejor los sentimientos de los pueblos que les seguían, que el mismo Rivadavia con toda su ciencia, visionario en esta parte, grande y sublime, pero que se hundió por no comprender lo que debía á los pueblos y no estudiar el estado de la República.

Así, pues, yo que tengo presente ese sistema, yo que conozco que se ha establecido con autonomías completamente independientes del gobierno general, no quiero que jamás el Congreso pueda decretar la muerte de ninguna legislatura: ni tampoco de ningún Gobernador de provincia.

Y repito que este proyecto significa establecer el principio de un sistema unitario en la República Argentina, contrario al sistema que tenemos, porque desaparecen las autonomías provinciales, desde que dependen del Congreso; y el sistema federal consiste precisamente, en que cada autonomía forme sus poderes con completa independencia, que ella sólo puede juzgarlos. Está la Cámara de Senadores, por ejemplo, para juzgar al Poder Ejecutivo Nacional; y hoy día tenemos conquistado lo siguiente, que en todos los pueblos de la República se ha establecido el sistema bicameralista, precisamente, para eso.

Pues bien, contra este sistema, el señor Senador quiere el sistema fuerte del Gobierno Nacional; yo quiero el sistema federal tal cual lo ha establecido la Constitución.

**Sr. Argentó**—Todos lo queremos, pero, sin rebeldes.

**Sr. Vélez**—Pero todos los días dale con la varatilla de los rebeldes.

No me haga argumentos de esa clase.

Los ha reconocido el Poder Ejecutivo de la nación, y nosotros también lo hemos reconocido, y tenemos el deber de ser grandes y generosos en favor de un pueblo que ha realizado grandes sacrificios, que ha sido la cuna de la independencia de este país, que ha salvado la Nación de la bancarrota hace pocos años.

**Sr. Argentó**—Protesto á nombre del pueblo de Buenos Aires! No confunda el señor Senador al pueblo de Buenos Aires con los rebeldes.

**Sr. Vélez**—Los confundo, porque no puedo separar al pueblo de sus poderes públicos.

¿Quién lo ha autorizado al señor Senador para dividir al pueblo de sus autoridades públicas? Yo no divido; tomo al pueblo de Buenos Aires y digo: Tenemos que ser generosos y grandes, porque conocemos la historia de este pueblo. Puede tener errores, muchas faltas tal vez muy grandes; pero ¿cuál es el pueblo de la República Argentina que no las tiene en su historia, grandes y tenebrosas? ¿Cuál es el pueblo de este país, que no las tiene para que seamos tan exigentes con el pueblo de Buenos Aires; para que tratemos de rebelde todo el día, á este gran pueblo que ha llegado hasta la lucha por defender el sufragio, cuando ha sido conculcado en toda la República Argentina? Esto mismo, ha pasado en los Estados Unidos, donde ya grandes publicistas señalan que el falseamiento del sufragio, va á acabar con el sistema de gobierno que tienen; nosotros evitaremos esto cuando el sufragio sea una verdad, cuando podamos ir á votar aunque el voto sea una mentira, cualquiera que sea el nombre que surja de las urnas.

En Prusia no hay la libertad que acuerdan nuestras instituciones, pero estoy seguro, que tienen más libertad real que nosotros. Lo mismo digo de Francia y de todos los pueblos del mundo.

Todo esto nos demuestra que debemos ser un poco más generosos, porque ha habido causas para esta resistencia, porque un pueblo no es un loco que se lanza...

Agosto 11 de 1880

CAMARA DE SENADORES

17.ª sesión ordinaria

**Sr. Pizarro**—Pero el pueblo de Buenos Aires no ha acompañado á la rebelión.

**Sr. Vélez**—¿Y los que han muerto?

**Sr. Pizarro**—Ese, no es el pueblo, sino partidarios.

**Sr. Vélez**—¿Para que hemos de discutir sobre este punto?

**Sr. Pizarro**—Se ha tenido que armar á los *bersaglieri*, porque no tenían al pueblo de su lado. Ha tenido el soldado extranjero, comprado á precio de oro; no ha tenido el soldado argentino.

**Sr. Vélez**—Pero no ha visto á toda su juventud haciéndose matar en esta deplorable lucha! Pero no ha visto á todo el pueblo de Buenos Aires...

**Sr. Pizarro**—No ha estado el pueblo de Buenos Aires de parte de la rebelión.

**Sr. Vélez**—¿No ha visto á todo Buenos Aires haciéndose matar en los campos de batalla!!

**Sr. Pizarro**—Han tenido que reclutar á peso de oro legiones de extranjeros.

**Sr. Vélez**—Precisamente son los que no han peleado. Han estado en los hospitales cuidando de los heridos!

**Sr. Argentó**—Han explotado al pueblo de Buenos Aires.

**Sr. Vélez**—Bien, señor, conelnyo con lo dicho. Creo que mis argumentos no han sido levantados y que no es posible convencer á los que ven en la lucha pasada al extranjero y no á los hijos de Buenos Aires.

**Sr. Pizarro**—Hago moción para que se cierre la conferencia.

—Apoyado.

—Se vota la moción para cerrar la conferencia, y es aprobada.

**Sr. Presidente**—Ha terminado la conferencia y continúa la sesión.

Habiendo sido discutido este asunto en general por la Cámara constituida en comisión, se suprime ahora la discusión en general del proyecto.

Está, pues, en discusión en particular.

**Sr. Argentó**—Creo que el señor Presidente ha debido poner á votación general el proyecto.

**Sr. Presidente**—Tiene razón el señor Senador.

—Se vota en general el proyecto, y es aprobado.

—Se pone en discusión particular el artículo 1.º

**Sr. Argentó**—En este artículo es donde propongo la enmienda.

Pido que se agregue: «Y el Vicegobernador de la República.»

—Apoyado.

—Se vota el artículo 1.º, sin la modificación propuesta, y es aprobado.

**Sr. Presidente**—Ahora puede votarse la adición propuesta por el señor Senador.

**Sr. Argentó**—Yo he votado por el artículo 1.º en la inteligencia de que estaba comprendida la modificación que propone.

Si no es así he votado equivocadamente.

**Sr. Figueroa**—La indicación del señor Senador ha sido apoyada.

**Sr. Presidente**—No he visto que la apoyen más de dos señores senadores.

**Sr. Gelaber**—Yo también la apoyo.

**Sr. Argentó**—Se puede votar separadamente.

**Sr. Presidente**—Me parece que podría votarse por separado la adición que propone el señor Senador, para en seguida incorporarse al proyecto, si tuviera la mayoría necesaria. ¿Se reserva el señor Senador darle forma una vez que se acepte?

**Sr. Argentó**—Sí señor.

**Sr. Presidente**—La Cámara decidirá si ha de incorporarse al Vicegobernador de la Provincia en el proyecto que se discute.

—Se vota esta adición y es desechada.

—El artículo 2.º es de forma.

**Sr. Presidente**—Desearía saber antes de levantar la sesión, si debo citar al Senado para mañana.

Algunos señores senadores me han observado que no habiendo asunto des-

pachado, desearían que se omitiera la citación.

**Sr. Pizarro**—Hay un asunto importante: es el proyecto que presentaremos varios miembros de esta Cámara sobre convocatoria de una Convención.

**Sr. Argento**—Se puede dar cuenta en sesión secreta.

**Sr. Figueroa**—Únicamente se puede dar en sesión pública.

**Sr. Presidente**—Debo hacer presente que la Cámara ha sido citada especialmente para este solo objeto.

**Sr. Pizarro**—Es preferible que celebráramos mañana sesión para ocuparnos de este asunto.

**Sr. Presidente**—Así se hará.

—Se levanta la sesión. Eran las 4 y 50 p. m.